sin embargo han podído influir muchísimo en la conducta de los hombres que tenían la dirección de los negocios en determinadas circunstancias. Juzgar pues como errores de una persona, el hecho de que hace cincuenta años, cuando no se conocían los elementos de investigación que hay hoy, cuando no se disponía de los medios de comunicación que hoy tenemos; cuando los hechos se conocieron imperfectamente por obra de las circunstancias mismas en que acaecían, es la más enorme de las injusticias. Ni Juárez, ni su gabinete, ni nadie, podía sospechar que el Duque de Morny, fuera *cohechable*; después, el Sr. Bulnes há averiguado que no sòlo Morny sino otras personas más íntimas de Napoleón pudieron aceptar dádivas y convertirse en instrumentos de su política, les ha encontrado, quièn sabe dònde, su tarifa de precios; les ha calculado hasta las fracciones de centavo que habría que darles..... ¿Es esto serio? ¿Es esta la labor de un crítico de historia, ó son los delirios de una imaginaciòn febriscitante?....

Por supuesto, que dado el criterio del Sr. Bulnes, si Juárez hubiera empleado el medio hoy propuesto, no habrían faltado las exclamaciones más virulentas por haber empañado el honor de la Nación al cometer la infamia de cohechar al enemigo.

No, no es esa la manera de hacer crítica histórica. El medio propuesto por el Sr. Bulnes es evidente que lo hubiera rechazado el Sr. Juárez, aún cuando de Morny ó Saligny lo hubieran indicado.

No pretendiendo hacer la historia en forma de aquellos tiempos sino únicamente refutar los erores del Sr Bulnes no entraremos en otras consideraciones

que son del caso, basta á nuestro objeto exponer como lo hemos hecho lo ridículo del proyecto, su inmoralidad lo peligroso que era y sobre todo su inutilidad.

VI

El Sr. Bulnes inculpa á Juárez, porque según él no supo organizar la defensa nacional y comparandolo con Santa Anna le coloca en lugar inferior, cosa que parece increible, pues después de haber leído la obra del Sr. Bulnes. "Las grandes mentiras de nuestra historia" parece que abajo de Santa Anna nadie puede estar colocado, y sin embargo, el Sr. Bulnes en su pasión juzga en esta segunda obra superior al dictador ¡Juárez inferior á Santa Anna! No hay término de comparaciòn. ¡Qué diferencia de épocas y de situaciones! ¿Cómo comparar una guerra enteramente nacional, en la que se comprometía la integridad del territorio, con otra en la que los traidores proclamaban en todos los tonos que no corríamos ningún riesgo, que los franceses nos traían el maná celestial, que ibamos á vivir felices, sin trabajar, gastando el dinero francés, luciendo mucho lujo, mucho boato, con muchas cruces para los tontos, mucho dinero para los canallas, muchas empresàs para los ambiciosos y mu-

cha negrura para las conciencias? La guerra del 47 era una guerra en la que el país tenía que levantarse y aceptar la jefatura de cualquiera; é ir á la matanza sin reflexiòn, sin opiniones propias, con sólo una idea, salvar la Patria· en 62, el caso era totalmente distinto; el mismo Sr. Bulnes, hoy, después de tantos años, dice que era una cosa completamente segura, que no perderíamos ni una pulgada de territorio, ¡qué cosas tiene el Sr. Bulnes! Pero el hecho patente y claro es, que los franceses contaron desde el principio con aliados entre los mexicanos, que no sòlo dificultaban la resistencia; sino que llevaban adeptos, llevaban partidarios; no sòlo estorbaban, sino que arrancaban soldados, Jefes, Generales de la causa republicana. Haciendo uso del estilo del Sr. Bulnes, pudiéramos decir que está comparando liebres con elefantes.

Pero supongamos que los términos fueran comparables, supongamos que fueran idénticas las condiciones ¿sería el caso, motivo de reproche para el Gobierno de Juàrez ó lo sería para el país, que no respondía al llamamiento que se le hacía? ¿Qué no se agrupaba én torno de la única autoridad que se aprestaba á combatir al invasor? Si el Sr. Bulnes tiene un reproche que hacer, que tenga el valor de hacerlo á quien corresponda.

"El gobierno entretretanto—mientras se discutían los preliminares de la Soledad—no había perdido el tiempo dictando todas las medidas necesarias para prepararse á la guerra en caso de que se rompieran las hostilidades. (1) ¿Qué los Estados no mandaron sus contingentes? ¿Qué el pueblo no acudió al llamamiento del Gobierno? No sería justo hacer tal inculpación al país. El pueblo hizo lo que podía hacer, ¿cuál era el objetivo de la campaña? Prolongar la resistencia para que los franceses se marcharan? Eso fué lo que hizo el gobierno ayudado por el pueblo; eso fué lo que diò el triunfo definitivo á las armas republicanas.

(1) "México á traves de los siglos," tomo 5 pág. 506

No es nuestro ánimo entrar á discutir cuestiones militares: declararemos desde luego que no hemos estudiado táctica y que la estrategia del General Kuropaktine es un geroglífico completamente indescifrable para nosotros; por lo tanto no discutiremos si el sitio de Puebla fué una *olla de piñata* ni si las disposiciones de nuestros Jefes militares fueron constantemente desacertadas; no calificaremos de imbéciles á los Jefes que tuvieron forzosa ó voluntariamente que encerrarse en plazas fuertes y ni siquiera nos haremos eco del adagio que cita el Sr. Bulnes de "plaza sitiada plaza tomada." Dejaremos todo eso á un lado, sòlo protestaremos, eso sí, con toda nuestra energiá contra los epítetos que clara ó embozadamente se aplican á nuestros soldados de aquella época, y muy especialmente contra ciertos cargos completamente injustificados. No es cierto que nuestros soldados corrieran vergonzosamente ante los franceses; nuestros soldados como todos los del mundo cedieron, cuando fué imposible hacer otra cosa ante la fuerza numérica ò táctica que se les ponía enfrente; pero siempre que hubo necesidad de un sacrificio, sobraron jefes, oficiales y soldados que estuvieran prontos á hacerlo. El nombramiento del General González Ortega, para man-

dar en Puebla, se imponía. Acababa de vencer a Miramón, estaban frescos aún los laureles de Calpulalpam, acababa de ser electo vicepresidente de la República, ¿cómo no darle el mando en Jefe si él que lo tenía, el joven y ardiente General Zaragoza faltaba?

Si fué un error, fué un error de todo el país, no del gobierno de Juárez. ¿Que González Ortega era incapaz? No es fácil juzgarlo, no creemos tener los datos necesarios pára formular tal sentencia. La batalla de Calpulalpam, es una página gloriosa que nadie pueda quitar al Gral González Ortega, allí venciò á Miramón á cuyas órdenes estaban los jefes más caracterizados del bando conservador. Allí venciò para siempre á la reacción.

El antiguo Ejército quedò desecho y el partido reaccionario sòlo levantaría la cabeza apoyado en las bayonetas extranjeras y cubierto con el manto de la traición. Las incapacidades de los otros jefes tampoco están demostradas, Corona no era un infame, y nosotros, que tuvimos ocasión de tratarlo con cierta intimidad, que pudimos apreciar sus altas cualidades personales, rechazamos la injuria con todo nuestro corazón. Corona no fué un mal patriota. Corona no distrajo las armas de la República para sus cuestiones personales.

Escobedo tampoco era un imbécil como lo pinta el Sr. Bulnes, El vencedor de Santa Gertrudis, múltiples pruebas dió de su capacidad. Pero todas esas injurias, porque no son otra cosa, no creemos que deban contestarse, no tienen prueba ni fundamento de ninguna especie; dejemos el trabajo de contestar técnicamente sobre este punto á los competentes en la materia. Protestaremos nosotros con toda energía contra esas imputaciones, hijas de un odio que se trasparenta en todo el libro contra el elemento militar y consagrémos un caluroso recuerdo de gratitud y simpatía para los que no midieron el peligro, no escatimaron las fatigas, ni vacilaron en el esfuerzo que tenían que hacer para salvar á la Patria.

Muertos y vivos están juzgados: héroes aplaudidos é ignorados tienen lugar preferente en la gratitud nacional; á todos consagremos nuestro homenaje, ellos supiéron luchar, la Patria los coloca en el altar que se merecen y al lado de ellos los que sin las armas la mano, también trabajaron en pro de la independencia. D Sebastián Lerdo de Tejada, D. José María Iglesias, D. Matías Romero, D. Ignacio Mariscal y tantos otros, que jamás empuñaron una espada, también son héroes de aquellos días, también merecen porque la ganaron en buena lid, la corona de inmortales. No fueron caudillos de ideas, no sublevaron con la palabra las turbas de Judea, ni impusieron sus creencias con el yatagan en la mano; pero fueron apóstoles de la veadad, trabajaron sin descanso en la órbita de sus funciones por el triunfo de la República' no desmayaron en su obra, no vacilaron, no fueron simples espectadores de los acontecimientos, y por humilde que se juzgue su labor, ella contribuyò al triunfo de la bandera republicana. Ellos han merecido bien de la Patria.

Pero para el Sr. Bulnes nada de eso tiene importancia: los hombres del 64 debieron pensar en aquella época, como él dice que piensa hoy, y continúa lanzando anatemas y formulando cargos.